

comunidad que, si bien es amplia, también está muy dispersa y no es fácil encontrar a los niños de esta categoría para la aplicación de las pruebas. La recogida de datos, la interpretación y presentación por medio de tablas o cuadros, constituyen la última tarea de la investigación.

No nos queda otra cosa que dar las gracias al profesor Dr. Esteban Sánchez Manzano por su trabajo, que en buena medida honra a la Universidad Complutense y al Departamento de Didáctica, en el que está insertado el Seminario de Educación Especial. El libro quiere ser, en sus escasas 172 páginas, un modelo y estímulo para otros esfuerzos del mismo género. Como publicación puntera y modélica, creemos, que ha conseguido la finalidad propuesta, como es el despertar la preocupación por una cuestión un tanto descuidada y de la que los organismos oficiales no vienen preocupándose suficientemente.

BERNABÉ BARTOLOMÉ MARTÍNEZ

Bello, L. (1998). *Viaje por las escuelas de Andalucía*. (Edición y estudio introductorio de Agustín Escolano). Sevilla: Junta de Andalucía.

Decía Horacio en *El Arte Poética*, y que hoy se cita ya como un lugar común: «*multa cecidere quae nunc renascentur*» (muchas cosas han caído y ahora renacen). Aquí tienen cumplimiento estas palabras, si bien pueden aplicarse a otras muchas circunstancias. La producción total de Luis Bello, al ser publicada en el periódico *El Sol*, han permanecido en el olvido después de un momento ocasional de alabanza. Para que esto no sucediera de modo permanente, la obra de Luis Bello tiene hoy en el profesor Agustín Escolano un reanimador exquisito que ha sabido rescatar del olvido del tiempo y de los historiadores de la educación a un autor, a quien el mismo editor y prologuista de su obra define como «apóstol escolar». Ya ha editado la obra de Luis Bello en su paso por Soria, por Madrid y por Andalucía. Faltan por describir los viajes a Extremadura, Toledo, Cataluña y Galicia.

En esta obra de Luis Bello sobre las Escuelas de Andalucía, además de una carga poética notable y de una fuerza narrativa extraordinaria, se observa un disimulado contagio con la tierra y el modo de ser de sus gentes. El sol alegre y la generosidad de la naturaleza invitan al niño a prolongadas ausencias de la escuela y, por consiguiente, a una espesa ignorancia, que registran las estadísticas. Se vuelve comprensivo con aquellas dos crestas geográficas y con sus habitantes; las llama «sede hispánica de la ignorancia absoluta» porque en su maleta porta las estadísticas del Ministerio, testigos y acusadoras de un alto analfabetismo en aquello geografía, que sería, con Murcia y Extremadura, «el corredor del iletrismo». Espera mucho de Antequera, Ronda, Lorca, Baeza y otras zonas, en otro tiempo abastecedoras de sabios, poetas y maestros célebres. Es tal vez, desde el punto de vista literario y apreciativo, la más jocunda y desenvuelta de sus narraciones.

Pero, por otra parte, sus apreciaciones denotan preocupación y tristeza: «Un año entero he dejado serenar estos recuerdos del primer viaje por esta Loma de Úbeda y

Sierra del Segura, con su famoso airón negro: Santiago de la Espada... Era como llegar al Polo, ¡no hay más allá!... ¿Cuál es la razón de que en esta Sierra del Segura vivan los pueblos más ignorantes de Andalucía...?». Ciertamente en Andalucía todo brillaba, menos las escuelas, la higiene y la pedagogía.

En su aproximación a la provincia de Cádiz, admira la «tacita de plata», la ciudad en otro tiempo culta y ejemplo de libertad y de admirables leyes; a Medina Sidonia, Jerez de la Frontera, San Fernando, Tarifa, Algeciras y Gibraltar, y aunque su impresión no es del todo negativa, siente el deterioro constante, añora las torres de las iglesias y los campanarios como buenos lugares para la pedagogía y enseñanza, a falta de una asistencia a las aulas a las que los niños no asisten por los trabajos temporeros de las cosechas y por la poca importancia que dan a la cultura académica. Posteriormente, Ronda, Lora y Málaga atraen a Luis Bello en una añoranza por su belleza y posibilidades pedagógicas, hoy sin explotar, pero de manera especial queda seducido por Antequera, con toda su tradición cultural antigua. El tercer momento de su periplo andaluz es Granada, a la que visita más de una vez y siempre entusiasmado por su arte y su geografía, pero perdonador y comprensivo con la desidia de sus jefes (p. 151). En la variada provincia de Huelva, se ocupa pormenorizadamente de Aracena, Riotinto, Niebla, Palma del Condado, Ayamonte, Doñana, sin pasar por las escuelas de Siurot (pp. 272-273). Su juicio sobre la situación de la enseñanza en la provincia de Huelva es menos pesimista que para otras zonas de Andalucía. Luego llegará el viaje a la ciudad y provincia de Sevilla, con las especiales costumbres de sus habitantes ante el calor y la pobreza que se deja sentir en las escuelas. En Sevilla recuerda, de modo especial, los centros establecidos por los «extranjeros» y las fundaciones. Se trata para el visitante de una muestra clara de discriminación, ya que los hijos de los señoritos tienen mejor suerte que los de los pobres jornaleros, que lo más que consiguen «por libre» son algunos «enseñadores» sin la debida titulación en muchas ocasiones. Su paso por Jaén y su provincia es muy rico en emociones y acontecimientos pedagógicos y culturales, no en vano los pueblos que visita son Martos, Úbeda, Iznatoraf, la Sierra de Cazorla y las tierras del Segura, Baeza, Quesada, Orcera y Pontones.

En resumen, se trata de un libro interesante, que no puede faltar en una biblioteca culta de historiador de la educación en España. Una vez más hemos de agradecer al profesor Agustín Escolano el datalle de la publicación del *Viaje por las escuelas de España* de Luis Bello y rescatarlo de la edición primera e incompleta, que conocemos y hemos manejado, y a los colaboradores que prestan en cada lugar las ediciones de *El Sol*, para purgar, extender y dar a conocer detalles ocultos y datos anteriormente no consignados. El sentido de «cruzada laica» y «misión» atribuido al trabajo de Luis Bello, al estilo de la época en que se escribe, y consignado, según Azorín (p. 97), está justificado.

Para la publicación se han unido la Junta de Andalucía, la Consejería de Educación, la Diputación Provincial y la Caja San Fernando. No menos merecía este libro, pulcramente presentado y ajustado al bolsillo depauperado de tanto curioso historiador.

BERNABÉ BARTOLOMÉ MARTÍNEZ